**III FORO CULTURA Y RURALIDADES**

**5 de junio de 2019**

En primer lugar, debemos poner en valor el interés y la pertinencia de este encuentro. En el marco del programa de Cultura y Ciudadanía, este tercer foro viene a consolidar este espacio de reflexión y debate, que, desde su primera edición, ha puesto de manifiesto el imprescindible papel de la cultura para la transformación socioeconómica y demográfica de nuestro territorio, y particularmente de nuestras áreas rurales, como un elemento de cambio global.

Cuando hablamos de reto demográfico, estamos hablando de una cuestión integral, tanto en lo territorial como en lo temático, y tal y como se aprecia también en este Foro. No quiero repetir argumentos conocidos, algunos de los cuales están perfectamente recogidos en las conclusiones de los foros anteriores, pero sí quiero centrarme en la noción de transversalidad del reto demográfico.

Una transversalidad territorial, porque el reto demográfico no es una cuestión que afecte únicamente a una parte de nuestro territorio, sino que es un asunto de país. Una parte del territorio se ve afectada por la despoblación, mientras en otra aumenta la concentración demográfica. Y debemos huir de etiquetar la despoblación como rural y la concentración como urbana: es mucho más complejo que eso, con áreas rurales que crecen, ciudades en declive, conformando procesos demográficos y territoriales mucho más complejos, en los que la realidad va más allá de una cifra de población que aumente o disminuya. Como bien se dijo en el primer foro, “lo rural y lo urbano son caras de una misma moneda y deben pensarse a partir de la interdependencia y la hibridación”.

Y una transversalidad funcional, porque el reto demográfico es, ante todo, una cuestión de personas, y más concretamente, de derechos y oportunidades de las personas, vivan donde vivan. La garantía del mandato constitucional de igualdad, no discriminación y libertad no recae ni en un Ministerio ni en un nivel de la Administración, sino en una acción pública coordinada, basada en la cooperación y la lealtad institucional, y sostenida en unos principios claros.

En esta visión, que integra tanto lo sectorial como lo espacial, hemos venido trabajando para la elaboración de la Estrategia Nacional frente al Reto Demográfico, cuyo último hito, hasta ahora, ha sido la aprobación por Consejo de Ministros de sus Directrices Generales a finales del marzo. Es un paso pequeño, dada la magnitud de la tarea a la que estamos convocados, pero creemos que lo damos en la dirección correcta.

Es cierto que estamos ante un reto que no admite demoras ni dilaciones, pero hemos de estar seguros de que cada paso nos ayuda a avanzar, a afrontar los distintos retos, y de que lo hacemos en un marco de consenso y participación, como el que ha guiado la elaboración de la estrategia en estos meses. Creemos en la idea de gobernanza participativa, y la hemos querido reflejar en una apuesta decidida por la colaboración de múltiples actores que han de intervenir necesariamente tanto en la elaboración como, sobre todo, en la ejecución de las acciones de la estrategia. A través de un grupo interministerial, del que han formado parte todos los departamentos ministeriales del Gobierno, de un grupo institucional con las CC.AA. y la representación de la FEMP, un grupo de trabajo con ayuntamientos y diputaciones, y reuniones y grupos de trabajo con la sociedad civil, intentamos conformar una estrategia en la que la visión, la misión y los objetivos sean consensuados, y que nos sirva de hoja de ruta sobre la que avanzar desde ya mismo pero sin perder de vista que los resultados se alcanzarán a largo plazo.

En este camino, la cultura ha sido un elemento fundamental, tanto el proceso de reflexión y diagnóstico, como en los objetivos y líneas de acción de la estrategia, así como en las medidas planteadas. Simplemente, quiero centrarme en tres cuestiones que consideramos capitales:

* En primer lugar, el acceso a la cultura como un elemento básico para afrontar el reto demográfico, garantizando el pleno ejercicio de los derechos culturales y de igualdad de oportunidades, además de contribuir a la dinamización de la economía local. Como hemos señalado en ocasiones, la densidad de población o el número de habitantes no puede ser un indicador de calidad de vida, y hemos de asegurarnos de que la oferta cultural, adaptada a las características territoriales, garantiza la igualdad de oportunidades para la población local a todas las edades, desde la infancia hasta las personas mayores.
* En segundo lugar, y por lo que este Foro es tan importante, porque hemos de seguir construyendo un nuevo relato cultural del territorio, y especialmente de su medio rural. Como ya se ha dicho, hay que superar la visión negativa de los imaginarios colectivos y los estereotipos que se fueron configurando sobre el medio rural, no de forma casual, sino como mecanismo que contribuyó a la idealización de la vida y la cultura urbana. No se trata ahora de exaltar una vida rural idílica, una inexistente Arcadia, sino de poner en valor la identidad comunitaria, el arraigo al lugar o las posibilidades para desarrollar proyectos personales, familiares y profesionales que transforman el medio rural desde otros paradigmas más sostenibles.

Es una imagen no opuesta sino complementaria a la de las ciudades, y que entendemos que ha de vincularse al cumplimiento de los objetivos de desarrollo sostenible. Como dice la Agenda 2030, hemos de trabajar por un nuevo contrato social entre el mundo rural y el urbano, lo que implica un cambio cultural, de valores y de paradigmas. Por ello, entendemos que es un elemento esencial para afrontar el reto demográfico, y se constituye como uno de los siete Objetivos Transversales de la Estrategia Nacional.

* Y, en tercer lugar, hemos de apoyar a la cultura también como un elemento clave para la revitalización socioeconómica de las áreas rurales. Nuestros pueblos, nuestras cabeceras comarcales, cuentan tanto con infraestructuras y equipamientos que se han ido desarrollando en las últimas décadas, como con un sector de actividad cultural, que más allá de su dimensión -que no puede ni debe compararse con las grandes ciudades-, se caracteriza por su dinamismo y su vinculación a las comunidades locales. Hemos de apoyar la cultura local, a través de la coordinación de todas las administraciones, promoviendo la colaboración público-privada, y fomentando nuevos modelos que, además de dinamizar económicamente o socialmente a las áreas rurales, contribuyan a reforzar su autonomía, su identidad, su autoestima, y su resiliencia.

Nuestro futuro no pasa por añorar un medio rural que nunca fue, ni por renunciar a poner en valor más de la mitad de nuestro territorio, sino que exige de todos nosotros reflexionar acerca de nuestro modelo de país, de sociedad, de nuestros valores culturales, y de nuestro horizonte compartido. Solo desde la inteligencia participativa, la lucha por la igualdad de todas las personas, vivan donde vivan, y el compromiso por las generaciones que vienen, podremos avanzar y podremos dotar a nuestros pueblos y ciudades de un futuro de sostenibilidad, de innovación y de respeto por sus valores culturales y ambientales.